

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

La Biblia ¿Palabra autoritaria o autorizante? [Bible, Authoritarian or authorizing Word?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Pixley, Jorge
Publisher	DEI-RECU
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-09 17:37:58
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/188130



www.clailatino.org



Consejo Latinoamericano de Iglesias - Conselho Latino-americano de Igrejas

La Biblia - ¿Palabra autoritaria o autorizante?

Jorge Pixley

Resumen

¿Cómo debemos entender la autoridad bíblica en nuestro mundo hoy? Este ensayo revisa los pasos desde la etapa en que la palabra de Dios a Moisés, los profetas y sabios, y los apóstoles era lo importante, pasando por la atención a los libros que preservan esos dichos, entonces el momento de reconocer su uso litúrgico y didáctico en las iglesias, llegando a nuestra época. Hoy que enfrentamos las grandes amenazas que pueden liquidar el experimento humano, llegamos a un punto en que el valor principal de estos libros es la Palabra de un Dios Vivo que autoriza a resistir fuerzas demoníacas y crear nuevas estructuras que den vida.



Abstract

How are we to understand the authority of the Bible in our world today? This essay reviews the steps from a first moment when what was important was the word of God to Moses, the prophets and wise men, and the apostles, through another step when attention was given to the books because they preserved these words, to another when the books were recognized for their importance in liturgy and instruction, to our time. Today when we face enormous challenges that threaten to end the human experiment, we reach a point where the main value of these books is the Word of the Living God that authorizes us to resist the demonic powers and to create new social structures that will provide for life.

Clásicos

A lo largo de los siglos los libros que llamamos colectivamente la Biblia y que encuadernamos como uno solo se han impuesto como clásicos, unos más y otros menos. Un clásico es parte del acervo común a una cultura. Como tal se puede hacer referencias a él con el supuesto de que otras personas de la misma cultura sepan a qué una se refiere. El libro del Génesis tiene en alta calidad esta característica. No hay que dar explicaciones al mencionar a Adán y Eva o el Diluvio de Noé. El libro de los Salmos, el de Job, el profeta Jonás y los cuatro evangelios gozan de la misma calidad de clásicos. Son un elemento común en algún grado a cualquier persona de Occidente.

Otros libros que suelen encuadernarse en nuestras biblias son clásicos que gozan de menos centralidad en la cultura occidental. Así es con Rut, Ester, Qohélet, y el Apocalipsis de Juan. Un devoto cristiano o una persona de mediana cultura los conoce y se pueden usar referencias a ellas en la literatura. Así un crítico social como Carlos Marx puede referirse a “la marca de la bestia” sin dar la referencia al Apocalipsis.

Los creyentes no debemos despreciar esta característica de la Biblia, pues no da un amarre con nuestra cultura, un ancla común a creyentes y no creyentes.

Pero hay también libros en nuestras Biblias que no tienen calidad de clásicos. Los profetas Ezequiel, Oseas o Nahúm, y las epístolas de Pablo y las de Santiago, Pedro y Judas no pueden suponerse conocidos por personas cultas. Aquí se introduce otro tema pertinente, el uso en la instrucción y devoción cristianas. Los profetas y las epístolas son útiles para la instrucción en la fe, algunas más y otras menos. Para creyentes es importante aprender de la justicia social por los escritos que dejaron los seguidores de los profetas. También es importante analizar la vida en iglesia a la luz de las cartas dirigidas por los apóstoles y sus seguidores a las iglesias incipientes del primer siglo.

Nadie discute el hecho de la autoridad de los libros bíblicos como clásicos y como textos de enseñanza cristiana. Es un hecho palpable –para nosotros en el Occidente. Si vamos a regiones donde predomina el budismo, el islam o regiones de pueblos autóctonos el asunto se plantea como tema de polémica o de persuasión evangelística. Esto

tiene su importancia, pero en este ensayo queremos limitarnos a la Biblia dentro de las comunidades cristianas. Partimos de un hecho indiscutible: Estos libros son clásicos y son textos de fe. Necesitamos pasar a un breve recuento de cómo estos libros llegaron a considerarse textos de fe.

Los orígenes de los libros “bíblicos”

En sus discusiones con los fariseos y escribas y en su enseñanza a sus seguidores, Jesús hace referencia a “la Ley y los Profetas”. Por las disputas con los maestros de la fe, los escribas y los fariseos, es evidente que Jesús comparte un respeto común por la Ley y los Profetas. Considera que en el “amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente” (Dt 6,5) y el “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19,18) dependen toda la Ley y los Profetas (Mt 22,40). Sin embargo, es evidente que su autoridad no viene de estar en los libros de Moisés, que contienen muchas leyes además de éstas, sino en su síntesis de todo lo que Dios exige, cosa que no es evidente por la lectura de los libros. Si tomamos las seis antítesis del sermón de la montaña (ira, adulterio, divorcio, juramentos, venganza, y amor a los enemigos, Mt 5,21-48) vemos que Jesús puede hacerlos más rigurosos que Moisés (ira, adulterio, divorcio, juramentos) o puede cancelarlos con enseñanzas que produzcan paz entre adversarios (venganza, amor a los enemigos).

En el relato de la caminata a Emaús (Lc 24,12-35) encontramos al Cristo Resucitado dictando cátedra sobre cómo los profetas supieron de la pasión y muerte del Mesías desde antes que sucediesen los eventos. Aquí el Jesús resucitado de Lucas interpreta su reciente ejecución judicial como un acto más de la historia de la salvación al insertarlo en la historia de la salvación testimoniada por los profetas, y a la vez, se presenta como el primero en leer los profetas como predictores de su propia vida. Ambas cosas son fundamentales para la fundamentación de la fe cristiana pero no son argumentos en defensa de la autoridad de los profetas que, como se ve de sus discusiones con los fariseos y escribas, Jesús aceptaba como natural en su mundo cultural judío.

Los escritos de Justino Mártir (años 140-155 e.c.), un filósofo que se convirtió al seguimiento del camino cristiano, presentan un uso polémico de la ley y los profetas. Recuérdese que ni judíos ni cristianos tenían aún biblias sino rollos de libros de Moisés y de los profetas. En su defensa de la fe de los cristianos ante las autoridades romanas, sus Apologías, Justino establece la autoridad de Moisés y de los profetas sobre dos fundamentos, su antigüedad y su previsión de sucesos futuros (ver I Apología 23 y otros). La importancia de su antigüedad viene de su creencia que Platón y los demás sabios aprendieron de Moisés sobre la creación del mundo y otras cosas difíciles. Si el Génesis y el Timeo de Platón enseñan la creación del mundo, y si Moisés es anterior a Platón, Justino concluye que Platón reconoció los méritos del maestro Moisés y aprendió de él. El mismo argumento aparece en la autobiografía intelectual con la que Justino empieza su diálogo con Trifón el sabio judío. En este Diálogo con Trifón Justino cita muchos largos pasajes tomados de las profecías de David (los Salmos) y de Isaías. Ambos predijeron los sucesos de la vida del Mesías. Veamos. El uso de los libros de Salmos e Isaías es muy evidente e inconfundible. Pero, su importancia no estriba de que sean libros autorizados sino de que testifican que los profetas hicieron anuncios humanamente imposibles. Esto demuestra que hablaron por revelación. Que se hayan conservado sus dichos por escrito permite que se conocieran siglos más tarde. Sus profecías son revelaciones y lo serían aún si nunca se hubieran escrito. La autoridad está en los dichos más que en los libros que los recogen.

Ireneo, obispo de Lión (Galia), en el último cuarto del siglo II de la era común, fue el primero en reconocer la autoridad de los escritos apostólicos al lado de la Ley y los Profetas. A diferencia del filósofo Justino, Ireneo está en línea con Jesús y los fariseos en considerar que los libros como tales, libros que se leen en el culto, tienen una autoridad propia. La gran preocupación de Ireneo era lo que él veía como una infiltración en las iglesias de falsos maestros que decían que sus fábulas era enseñanzas de Jesús transmitidas por los apóstoles. Era importante establecer cuál fue la verdadera enseñanza de Jesús y cómo se podía reconocer. Para Ireneo no era tanto que estuviera escrito el testimonio sino que hubiera seguridad de que el testimonio provenía de un apóstol que anduvo con Jesús. Los bárbaros, dice, fueron evangelizados en la verdad sin que tuvieran escritos apostólicos en sus idiomas. Pero Ireneo cree que los evangelios auténticos son cuatro y solamente cuatro, los de Mateo, Juan, Lucas y Marcos, que recogen enseñanzas de los apóstoles, los dos primeros por ser escritos por apóstoles, y Lucas y Marcos por haber recibido sus informaciones de los apóstoles Pablo y Pedro, respectivamente. La autenticidad de estos libros testimoniales y la falsedad de los falsamente llamados evangelios de Tomás y de Santiago se desprenden de que son recibidos en las iglesias que fueron fundadas por apóstoles, ante todo Roma donde enseñaron Pedro y Pablo.

Para Orígenes, el gran maestro que floreció en toda la primera mitad del siglo tres de la era común, las cosas se van sistematizando. Orígenes conoce “Los Libros (*ta biblia*)”, aunque no tenga aún todos en un sólo volumen sino en muchos rollos. Ya la autoridad es inherente a los libros y no solamente por contener como lo hacen testimonios de profetas de Dios y apóstoles de Jesús. Orígenes dedica muchísimo esfuerzo a purificar el texto de los rollos que circulan en las iglesias, ya que ha descubierto que en las copias muchos defectos se han introducido. Para él estos rollos como escritos son inspirados por Dios (ver su obra *Peri Arjón*). La inspiración de los profetas ya establecida por Filón, filósofo judío también egipcio y contemporáneo de Jesús, pasa para Orígenes de los profetas a los libros.

En el siglo cuarto, con la aceptación del cristianismo como religión oficial del imperio romano, la situación cambia. Por

un lado, con fondos de la tesorería del imperio se imprimen volúmenes que contienen toda la Biblia. Se preservan hasta hoy dos biblias completas del siglo cuarto, los llamados Códices Vaticano y Sinaítico. En la Historia Eclesiástica de Eusebio a principios del siglo y con la carta pascual de Atanasio patriarca de Alejandría del año 367 pasa el énfasis a qué libros se usan en las iglesias en su enseñanza y su liturgia. Estas son las autorizadas.

Palabra del Dios vivo

Si tratamos de entender teológicamente el proceso de creación de una lista de libros que componen una sagrada Biblia (recuérdese que Biblia es el plural de *biblion*, libro), veremos que todo comienza y termina con la recepción de la palabra de Dios. Moisés el profeta legislador, los profetas y los sabios de Israel fueron inspirados por Dios para recibir y transmitir su palabra a su pueblo. Si Justino, Ireneo y los demás tempranos teólogos citaron las palabras de sus libros fue por creer que contenían la palabra que Dios les había dado para la instrucción de su pueblo.

El mismo proceso lo pudimos ver con los escritos del “nuevo testamento” o “nueva alianza” que Dios otorgó a la iglesia cristiana. Dios dirigió su palabra a través de su hijo Jesús quien lo transmitió como enseñanzas a sus apóstoles. Ellos a su vez lo transmitieron a los obispos a quienes nombraron para gobernar las iglesias de las ciudades principales, y a la vez lo entregaron por escrito a estos mismos obispos. Hoy los evangelios y las epístolas se leen en espíritu de obediencia porque transmiten la palabra de Dios.

Es importante constatar que tanto para los profetas y sabios de Israel como para los apóstoles que establecieron las iglesias, la palabra de Dios fue en su origen oral y su escritura puede entenderse como “memorias” de la comunicación de Dios con su pueblo en días pasados. De hecho Justino dice que los cristianos leen las memorias (*apomnemónemata*) de Jesús en sus reuniones –los libros que hoy llamamos los evangelios.

Poner por escrito en libros la palabra de Dios lo congela y puede llevar a falsas interpretaciones, como si Dios habló en siglos pasados pero ha dejado de hablar hoy. Nosotros afirmamos que Dios es un Dios vivo. Cuando habla a su pueblo lo hace de modo pertinente para el momento y las circunstancias. Un padre no habla de la misma manera con su hija adulta que con su nieta de edad tierna. El modo con que un marido habla con su mujer en la intimidad del hogar no es el mismo con que se comunican los dos en una fiesta pública. Una visita a quien celebra su cumpleaños no exige las mismas palabras que una visita a un enfermo. La palabra oral es pertinente para las circunstancias en que se pronuncia. Si se escribe esa palabra se la congela y deja de ser siempre pertinente para circunstancias futuras.

Esto significa que la lectura de la Biblia como palabra de Dios tiene que ser una actividad dinámica. Por ser los libros que componen la Biblia tan diversos entre sí pareciera que siempre hay algo para cualquier momento. Hay salmos de alabanza y hay salmos que son oraciones de protesta. Hay poemas de amor y hay profecías que son denuncias de males que hace el pueblo a sus hermanos y hermanas pobres. Esta diversidad manifiesta la sabiduría del Espíritu Santo al entregarnos una colección tan diversa como la palabra de Dios para nosotros. Pero para que la palabra sea “para nosotros” es preciso saber leerla con la sabiduría de que la lectura es siempre una nueva producción de sentido, como insistió nuestro recordado maestro Severino Croatto. El libro escrito se vuelve una palabra dinámica cuando se lee en circunstancias nuevas de la vida.

Para llegar a donde queremos llegar para tratar la pregunta de nuestro título es preciso pasar de la cuestión puramente formal de la palabra de Dios a la cuestión material. ¿En qué consiste esa palabra? ¿Cuál es el tema que estructura sus detalles? En términos generales el tema de la palabra de Dios que encontramos en los libros de la Biblia es el reino o reinado de Dios.

El reinado de Dios es el tema que estructura la obra de Moisés y de las leyes de los primeros libros de la Biblia. Dios llama a Abraham de su tierra para que sea un hombre “que mandará a sus hijos, y a su casa después de sí, que guarden el camino de YHVH haciendo justicia y juicio” (Gn 18,19). Para ello saca Moisés a los hijos de Israel de Egipto de la casa de servidumbre y les transmite las leyes para que vivan en santidad como Dios es santo (Lv 19,2).

En cuanto a Jesús, Marcos resume su obra con estas palabras: “Fue a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo, El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio” (Mc 1,14-15). Todos los estudiosos de los evangelios concuerdan que el corazón de su mensaje es la proclamación del reinado de Dios, a veces como realidad ya presente pero usualmente como realidad esperada prontamente. Este reinado no es un diseño social. No es un plan de gobierno que pudiese ejecutarse por un gobernante justo. Sus contornos precisos nunca son precisados aunque las parábolas y las disputas religiosas de Jesús señalan como características una atención a los y las más necesitados y una inclusión que no deja fuera a ninguna persona.

En la teología de la liberación hemos insistido que la predicación del reino de Dios exige un análisis social para el cual harán falta los instrumentos que ofrecen las ciencias sociales. En estas ciencias existe un consenso de un hecho bastante obvio: En el mundo visto en su totalidad la cantidad de pobres ha aumentado vertiginosamente y sigue aumentando sin mostrar señal alguna de desaceleración. Atacar la pobreza y sus causas es el problema número uno para quien sigue a Jesús en su preferencia por los pobres.

Visto en su globalidad, el otro enorme reto que confronta el mundo es la destrucción del medio ambiente que sostiene la vida. Sobre esto se han celebrado grandes conferencias en Rio de Janeiro (1992), Kyoto (1997) y Bonn (2001) donde existe consenso entre los técnicos que el planeta está gravemente amenazado por un cambio abrupto de clima (calentamiento) y el avance de la desertificación. Aunque la culpa mayor hay que achacársela a los países industrializados que lanzan cantidades prodigiosas de toneladas de dióxido de carbono a la atmósfera, todos tenemos alguna responsabilidad, incluso quien quema leña para cocinar.

Por supuesto existen otros problemas importantes como la violencia contra las mujeres y los niños, el irrespeto a los derechos de los pueblos autóctonos, los patentes sobre medicamentos que impiden el tratamiento de epidemias como el SIDA, y muchos más. Pero visto en su escala global, los más importantes son sin duda el avance de la pobreza y la destrucción creciente del medio ambiente.

La experiencia en América Latina nos muestra que la Biblia tiene la habilidad de autorizar acciones de resistencia contra el mercado global neoliberal y la destrucción ambiental y de mover a los creyentes en la búsqueda y construcción de alternativas. Eso es en nuestro mundo precisamente lo que necesitamos de un texto clásico como la Biblia. Con todos los cambios que estamos viviendo NO necesitamos una autoridad que nos imponga normas tomadas del pasado sino motivaciones para resistir las fuerzas destructivas que estamos viendo y que nos mueva en la construcción de alternativas más abiertas a la vida. Parece correcto, entonces, hablar de una Biblia autorizante, una Biblia que nos habla con la fuerza de la palabra de un Dios vivo que busca nuevas salidas para la creación. ¡Gracias a Dios por este libro que puede cumplir esa función si nos abrimos a la acción del Espíritu Santo en su lectura!

Jorge Pixley
790 Plymouth Road
Claremont, California 91711
USA
jjpixley@earthlink.net

Si esto fuera un bosquejo de la historia del canon, deberíamos revisar el uso que hace Orígenes de libros que no son ni Ley ni Profetas, como Job y Cantares.

El Consejo Latinoamericano de Iglesias es una organización de iglesias y movimientos cristianos fundada en Huampaní, Lima, en noviembre de 1982, creada para promover la unidad entre los cristianos y cristianas del continente. Son miembros del CLAI más de ciento cincuenta iglesias bautistas, congregacionales, episcopales, evangélicas unidas, luteranas, moravas, menonitas, metodistas, nazarenas, ortodoxas, pentecostales, presbiterianas, reformadas y valdenses, así como organismos cristianos especializados en áreas de pastoral juvenil, educación teológica, educación cristiana de veintiún países de América Latina y el Caribe.